

fundamentadas que se hacían estaba presente la incertidumbre de si el líder soviético habría perdido o no el control de la situación, o era que estaba indeciso o tratando de presionar al presidente Kennedy. Se suponía que una forma de interpretar aquellos mensajes contrvertidos era que los mismos constituían una muestra de la lucha por el poder que se desarrollaba tras bambalinas en Moscú, y surgían diversas preguntas: ¿quién mandaba en realidad en el Kremlin en aquellos momentos?, ¿habría sido sustituido Jruschov de la noche a la mañana por algún grupo de intransigentes? Si eso había sucedido, el resultado sería una tendencia indetenible hacia el enfrentamiento violento, por lo que la guerra fría parecía estar a punto de culminar en una terrible explosión, lo que estaba agravado por el hecho de que la explosión de marras podría ser termonuclear. En realidad, la explicación era mucho más sencilla: al conocerse en Moscú el contenido de la conversación de Robert Kennedy y Dobrinin, relacionada con los cohetes norteamericanos instalados en Turquía, se había redactado un segundo mensaje al presidente Kennedy, el que fue transmitido por Radio Moscú para ganar tiempo, pues se conocía que aumentaba el peligro de confrontación entre ambas potencias.(1)

Durante la discusión se supo que el Gobierno turco acababa de hacer una declaración de prensa diciendo que la propuesta rusa sobre los Júpiter era inconcebible, con lo que se iba a pique la esperanza de convencerlos para que ellos mismos solicitaran a los norteamericanos la retirada de las desgraciadas antiguallas de la discordia. Entonces el Presidente planteó que si los cohetes en Cuba elevaban apreciablemente la capacidad de golpe nuclear de los soviéticos, negociarlos por los de Turquía era muy ventajoso, pero en esos momentos corrían el riesgo de ir a una guerra de incalculables consecuencias en Cuba, y posiblemente en Berlín, por culpa de unos proyectiles anticuados y de poco valor militar. Sería difícil recibir apoyo para dar un golpe aéreo contra Cuba pudiendo hacer un buen negocio si aceptaban el cambio propuesto. Estarían en una posición muy mala si aparecían atacando a Cuba para mantener cohetes inútiles en Turquía. Planteó de todos modos que los norteamericanos no podían proponer la retirada de los Júpiter en aquellos momentos, pero los turcos sí podrían solicitarlo, por lo que se les debía informar claramente acerca del tremendo peligro en que vivirían durante la próxima semana, ante la elevada probabilidad de que si ellos atacaban a Cuba los soviéticos respondieran atacando a Turquía.

Años más tarde, se supo que el Presidente Kennedy había estado a punto de aceptar el trueque de los cohetes de Turquía por los de Cuba, en medio de la Crisis. Esto se conoció por revelaciones que hizo McGeorge Bundy en 1987, durante la Conferencia que celebraron los norteamericanos en Hawk’s Key para analizar los sucesos de 1962. Bundy dijo que “el 27 de octubre el Presidente ordenó a Dean Rusk que hablara con Andrew Cordier, entonces presidente de la Universidad de Columbia y durante muchos años alto funcionario de la ONU, para que entregara a U Thant el texto de una declaración y propusiera, como si fuera de su propia iniciativa, el canje de los proyectiles. La declaración se pondría en manos del Secretario General de la ONU cuando Kennedy lo decidiera, y nunca lo hizo”. (2)

Por su parte, la reacción del comandante Fidel Castro fue muy crítica, cuando conoció por Radio Moscú la proposición del trueque de cohetes hecha por Jruschov, y así se lo hizo saber al Embajador soviético, Alexander Alexeiev.

Moscú estaba ofreciendo fórmulas para solucionar la Crisis, pero fórmulas incoherentes, mientras que el tercer país comprometido ignoraba lo que sucedía. Siguiendo un razonamiento lógico, era muy difícil suponer que la URSS rindiera sus posiciones por promesas de escaso valor y, sobre todo, sin consultar con Cuba. Las posiciones de Jruschov durante los primeros días de la Crisis fueron firmes y consecuentes; esa actitud no se conjugaba con la inesperada proposición relacionada con los cohetes de Cuba y Turquía. Analizando objetivamente las cartas intercambiadas entre Moscú y Washington hay que llegar a la conclusión de que la URSS actuó con vacilaciones y que los Estados Unidos mantuvieron en todo momento una posición de fuerza y de amenazas contra Cuba y contra la URSS. (3)

Al final de la reunión, Robert Kennedy expresó su preocupación sobre la posición en que quedarían los norteamericanos si después de estar hablando con los

rusos durante muchos días, los cubanos se negaban a permitir la inspección de la ONU para garantizar que los cohetes existentes en Cuba fueran realmente inoperantes. La respuesta fue que entonces podrían decidir atacar las bases de los proyectiles para garantizarlo.

En definitiva, la Casa Blanca hizo una declaración que fue el reflejo de las opiniones vertidas por los círculos de orientación más agresiva en la administración norteamericana; en esa declaración los últimos mensajes de Moscú fueron calificados como inconsecuentes y contradictorios uno con otro, además, se ratificaba una vez más la exigencia de la suspensión inmediata de los trabajos que se realizaban en los emplazamientos en Cuba, la inutilización de las armas y su retirada del territorio.

Los participantes en aquella reunión del Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional no lo sabían aún, pero durante el desarrollo de la misma se había producido un hecho trágico y de impredecibles consecuencias en el espacio aéreo de la Isla...

CUANDO EL CABELLO DEL QUE PENDÍA LA PAZ MUNDIAL PERDIÓ LA MITAD DE SU ESPESOR

Tengo en las manos un libro y desde una de sus páginas me observa un hombre joven, de pelo corto, rostro regular de facciones agradables, en el que se aprecian unos ojos que parecen claros, aunque la foto es en blanco y negro. El autor del libro era Robert Kennedy y su título **Trece días**. El nombre del hombre de la fotografía: Rudolf Anderson, Jr., su profesión: piloto militar, su destino: derribado en cumplimiento de misión sobre Cuba el 27 de octubre de 1962.

Al igual que el “Marucia” fue el único barco abordado e inspeccionado durante una “cuarentena” que había comenzado con la pretensión de no dejar pasar hacia Cuba ningún barco sin que fuera registrado, el mayor Rudolf Anderson fue el único caído durante un conflicto que pudo arrastrar a la fosa a decenas o centenares de millones de seres humanos, e incluso a toda la Humanidad, en el criterio de muchos especialistas.

El mayor Anderson era piloto de aviones U-2, destinados para la exploración fotográfica a gran altura, y había realizado más de diez misiones sobre Cuba durante las últimas dos semanas.

Aquella fatídica mañana un avión U-2 ingresó al espacio aéreo de la Isla pasadas las 8 de la mañana y comenzó a realizar un vuelo de reconocimiento a lo largo de la misma, pasando sobre los objetivos importantes conocidos, fundamentalmente los emplazamientos de los cohetes soviéticos de alcance medio, y fue derribado con cohetes antiaéreos cuando estaba a punto de concluir la tarea encomendada. ¿Por qué y por decisión de quién fue derribado el U-2? Sobre esto se han propagado distintas versiones a lo largo de los años, comenzando de que había sido derribado por las baterías antiaéreas cubanas, y pasaban por la afirmación de que el propio comandante Fidel Castro oprimió personalmente el botón que disparó el cohete y terminando en que unos generales soviéticos dieron la orden de derribarlo.

Para el autor es imprescindible aportar una nueva versión de los hechos, que nunca ha sido publicada.

En primer lugar: ¿por qué fue derribado? No había necesidad militar de hacerlo, como no fuera la de disminuir la probabilidad de que nos sorprendieran en algún momento con el inicio de un golpe aéreo sorpresivo, aprovechando la rutina de los vuelos a baja altura; desde este punto de vista era un disparate y una locura permitir que continuaran los vuelos rasantes; por otra parte, la Isla había sido tan fotografiada desde el aire durante las últimas dos semanas que poco importaban algunas fotos más o menos, máxime que durante las últimas horas no se habían producido maniobras de importancia para cambiar de lugar las unidades principales ni nada por el estilo. Los vuelos continuaban diariamente para mantener el control de la marcha de los trabajos en los emplazamientos de los cohetes y del ensamblaje de los IL-28, además de verificar que el resto de las unidades continuaban en sus posiciones y tratar de detectar algo nuevo para actualizar los planes elaborados para el golpe aéreo sorpresivo. Seguramente ya los analistas de fotografía aérea de la CIA tenían hasta el control de los lugares en que vivían las mujeres más bonitas de la Isla.

Pero los sobrevuelos constantes tenían otros objetivos, según los generales del Pentágono: mantener la presión militar sobre soviéticos y cubanos, humillar a

estos últimos y desmoralizarlos a todos. En realidad fallaban en lo de los efectos desmoralizantes, pues en realidad tenían un efecto indignante, por no decir otra cosa mucho más gráfica, sobre los defensores de Cuba, cubanos y soviéticos. Todos estaban llenos de irritación y de coraje por la demostración de prepotencia de los yanquis con sus vuelos a baja altura, la que muchas veces era tan baja que al ladearse un poco los aviones nos permitían apreciar perfectamente los cascos de vuelo anaranjados de los pilotos estadounidenses, y hasta se percibían sus rostros en ocasiones; picaban sobre las unidades como si fueran a bombardearlas y hasta pedían instrucciones para hacerlo en texto claro por sus medios de comunicaciones. Todo el mundo estaba loco por derribarlos de alguna forma, pero había orden de no disparar; no obstante, si hubiera sido posible hacerlo con piedras no hubiera sido Anderson la única víctima.

Pero por sobre todas las cosas estaba la cuestión de principios, pues todos aquellos vuelos eran violaciones flagrantes de nuestro espacio aéreo, por lo que teníamos todo el derecho del mundo para derribarlos. Cuando supimos en las trincheras la orden de advertencia del Comandante en Jefe de que a partir del día siguiente no admitiríamos los vuelos y les dispararíamos, todos estaban expectantes; muchos decían que al día siguiente no volarían de mansa paloma, pues a la todopoderosa CIA llegaría seguramente la información de la orden impartida, mas no fue así, parece que no eran tan ácidos como los pintaban.

El sábado por la mañana los aviones que hacían los vuelos rasantes se aparecieron “paseando” igual que siempre, y aunque les tiraron en muchos lugares, pudieron escabullirse sin complicaciones. Con los cañones antiaéreos y las ametralladoras que tenían las unidades cubanas había que tirar camiones y camiones cargados de proyectiles para derribar uno de aquellos veloces aparatos, y, además, no continuaron volando durante el resto del día. Sin embargo, el avión U-2, que ni se veía debido a la altura a que volaba, ni tan siquiera se oía el ruido de su motor, fue el que pagó los platos rotos. Cuando en las trincheras nos enteramos de lo sucedido, aquello fue una explosión de júbilo.

¿Quién dio la orden de derribarlo? Los proyectiles de nuestras ametralladoras más potentes no alcanzaban ni la altura de tres kilómetros, mientras que los cañones antiaéreos de 100 mm, los que enviaban la bola más alto, no pasaban de los diez, pero el U-2 volaba en alturas de alrededor de veinte kilómetros, y los cohetes antiaéreos, únicos que podían alcanzarlos, solo estaban en manos de los soviéticos. Así que lo que se plantea en algunas obras y relatos sobre los sucesos de octubre de 1962, de que durante años los norteamericanos pensaron que ese avión había sido derribado por los cubanos, no se lo creen ni los autores de los mismos. Para los estadounidenses siempre estuvo perfectamente claro que lo habían hecho los soviéticos. En la conocida entrevista con María Shriver, en 1992, que hemos citado varias veces, el comandante Fidel Castro expresó al respecto lo siguiente:

“Lo más probable es que en la atmósfera que se crea, cuando nuestras baterías antiaéreas disparan contra todos los aviones en vuelo rasante, la orden de disparar contra el U-2 se originó en la orden dada a nuestras fuerzas antiaéreas. Si se me pregunta quién tiene la responsabilidad no vacilo en decir que fue nuestra. No se podía permitir que continuaran los vuelos rasantes, era un disparate y una locura, porque nadie sabía en qué momento podía empezar el fuego y las desventajas militares en ese caso eran tremendas.

“Pienso que nunca se debió dejar volar los aviones U-2, siempre se debió haber disparado contra ellos, y estuve de acuerdo en que se disparara contra el U-2. Podía lamentar la muerte de un piloto, pero la acción me pareció correcta.” (Continuará)

(*) Teniente coronel ® y fundador de las Tropas Coheteriles.

(1) Diez Acosta, Tomás: Peligros y principios... Ob. Cit., p. 168.

(2) Lechuga, Carlos: En el ojo de la tormenta... Ob. Cit., pp. 94-95.

(3) Ídem, 136-137.